



Arriba

FUNDADO POR JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, sábado 24 de abril de 1976 • 10 pesetas

críticas

teatro

«7.000 GALLINAS Y UN CAMELLO», de Jesús Campos García

TEATRO
MARIA GUERRERO

Valoración: 6

El «currículum» de Jesús Campos García contiene hasta siete premios teatrales. El más importante, por tradición, dificultad y riesgo, es el «Lope de Vega». Hubo una etapa cuando el estreno de la obra ganadora del concurso convocado por el Ayuntamiento de Madrid comportaba preparativos casi de batalla. Y no era la menor dificultad que se cumpliese. Los directores del teatro Español, propiedad del Municipio, daban largas al asunto siempre que podían. Y lo dejaban para el momento más flojo de la temporada. Pero siempre era esto mejor que con un texto galardonado, arrebatándole la finalidad esencial del teatro: su verticalización sobre u moras humanas en su justificado le valió el Premio «Lope de Vega» 1974, sino con los elementos: "entre éstos, con el más aterro-

ador: el fuego. Las llamas del incendio inutilizaron el coliseo de la plaza de Santa Ana —¡y sabe Dios para cuánto tiempo!— cuando su obra se hallaba en ensayo. Pero esta vez la Dirección General de Cinematografía y Teatro estuvo —en la persona de Mario Antón primero y en la del señor Mayans después— junto al autor premiado y éste ha estrenado solemnemente en un teatro oficial de Madrid después de poner su obra en otro teatro nacional, en Valencia.

Probablemente habrá sido Jesús Campos el «Lope» con menos nervios. La «prueba» estrenística en Madrid la sufrió, y con envidiable éxito, el pasado año, al poner en el Alfiz una obra suya de resuelta vanguardia: «Nacimiento, pasión y muerte de...», por ejemplo, tú». Lo hizo con Taller de Teatro, grupo escénico al que insufla su personal entusiasmo, interviniendo como director y actor; pero su triunfo, para mí, fue de autor teatral. No puedo evadirme a la tentación de establecer comparaciones entre aquella obra y la estrenada ahora en el María Guerrero. Lo primero que noto

es cierta contención en técnica y tratamiento. Parece como si hubiera querido hacer un teatro «más comprensible». La modernidad, la ruptura con anteriores conceptos teatrales, es más bien periférica. Tiende a completar lo que la pieza tiene de espectáculo. Son añadidos de originalidad, bien urdidos, que vienen a enmarcar el asunto dramático tratado. En cuanto a éste, aparece tocado de ligero simbolismo. La realidad de la estampa costumbrista se impone sobre los posibles caminos de misión. Hay que pensarlo mucho antes de calificar esta pieza como teatro social. Lo más a que se podría llegar es a alinearla con ese concepto de tónica dramática social de principios de siglo que abarca desde «Juan José» a «El puñado de rosas». La almendra argumental no va más allá del señorito —el granjero, el terrateniente, el patrón— que «quita la honra» al trabajador conquistándole la mujer a la hija. Sin embargo, se traduce y halla en la obra un empeño de más calidad, modernidad y vuelo. Nada tan harmoso como descubrir en ese cacareo de gallinas que inunda el escenario, y dentro de la experiencia rousssoniana de la

pareja trasplantada a un campo desértico y escaso de agua, el gran sueño de «Juan»: poseer un camello. Aunque para ello hubiera de desprenderse de toda su fortuna gallinésca. Pienso que era por este derrotero por donde le habría gustado continuar al autor, pero acaso se sintió obligado a dar «una comedia» en cierto modo al uso, al enfrentarse con un público masivo y complejo. ¿Comedia rural? No, porque a pesar del escenario plagado no lo son los protagonistas. («Juan» llega a tomar en sus manos una piedra, a modo de calavera, y a parodiar el filosófico soliloquio de «Hamlet», príncipe de Dinamarca.) Lo que sí hay son soberbias, magistrales pinceladas de ruralismo andaluz, totalmente despojadas del tópico, reveladoras de la resignación, estoicismo y miseria en que viven determinados estratos de este pueblo.

Hay que apuntar en la lista de aciertos de Jesús Campos los de lenguaje, auténtico, directamente observado, huyente con incorporante verdad de los labios de la pobre gente que rodea a los granjeros: «Luisa», «Tijeretas», «Pedro» y «Asunta». Repito que para la comedia de



Jesús Campos había dos caminos: el de la realidad y el del sueño. El autor elige el primero. Por él transita con seguridad y dominio —como que es el más fácil— y abandona el segundo, ese sueño del camello que parecía nutrir la vida del hombre, llevándole incluso a abandonarlo todo, reducido finalmente a un capricho insatisfecho. Los complementos periféricos a que alude, como tales, no tienen nada que ver con el tema y la acción. Así, la orquesta que interpreta a Vivaldi y acaba su actuación arrebatada cómicamente de la vista del espectador —el director sube enganchado por una sarama hasta el techo del escenario—, o el core final, que canta la primavera del compositor italiano. No se regatean medios al montaje. El público se sintió gratamente sorprendido por ese pedregal, cauce de acción del que «Juan» saca constantemente cubos de agua, colocado ante el escenario habi-

tual y cuya instalación obligó a quitar dos filas de butacas. Dentro de su propósito de realismo, adquiere un cierto aire de «Belén» navideño. También impresionan los rideles metálicos, ocupando toda la pared del foro y conteniendo el más populoso gallinero conocido por un teatro. La interpretación de Isa Escartín y Carlos Mendy —en «Martín» y «Juan»—, llena de naturalidad y eficacia interpretativa. Los personajes andaluces alcanzan sobria y veraz interpretación en Kerry de la Cámara —Luisa—, Enrique Espinosa —Pedro—, Ana-Viera Solares —Asunta— y Enrique Moronta —Tijeretas—. Este último actúa como «cantor» aflamencado al final del espectáculo. Justo asimismo en su papel —Enrique—, Alberto Rové. Conviene citar, en el logro espectacular, a los componentes de la Orquesta de Cámara Vivaldi y al Grupo de Rock Sinfónico Zumo. El estreno de «7.000 gallinas y un camello» constituyó un éxito estimulante en la segura carrera de autor de Jesús Campos. Saludó con todos los intérpretes. Los aplausos premiaban su texto, y la dirección y montaje, que también le correspondían.

Julio TRENAS
(Foto Gómez.)